

**ORELLANA CAÑAS, Francisco José.** Albuñol (Granada) 6-VIII-1906 – Barcelona 26-I-1891. Poeta, traductor, periodista y novelista.

En Albuñol aprendió las primeras letras, latín, francés y dibujo. A los doce años se trasladó a Granada para cursar estudios de Filosofía y Derecho en la Universidad. Durante este período, dedicó muchos meses a leer en la biblioteca de la Universidad todos los escritos sobre la civilización árabe de la Granada medieval, con el afán de hallar respuesta a la pregunta: ¿cómo habiendo sido Granada tan rica en la época medieval era tan pobre en el siglo XIX? Esta lectura le proporcionó valiosos conocimientos de economía política, que en el futuro le fueron de gran utilidad.

En 1841, hallándose a mitad de la carrera, fue llamado a cumplir el servicio militar, cosa que coincidió con la muerte de su padre. No hacía demasiados años que había perdido a su madre y, por tanto, de manera inesperada se encontró de pronto convertido en huérfano y soldado. Sus jefes militares, viendo su capacidad, le facilitaron una plaza de escribiente en el Estado Mayor de la Capitanía General de Granada, lo que le permitió proseguir sus estudios universitarios.

De nuevo en la universidad, coincidió con José Godoy Alcántara, José Giménez de Serrano, Fernández González, Pedro Antonio de Alarcón y Juan Valera, entre otros. Sus compañeros le introdujeron en los círculos más distinguidos de la ciudad y juntos empezaron a colaborar en la revista semanal de literatura, artes y costumbres *El Abencerraje*, que inició su publicación en junio de 1844. En ella publicó Orellana algunas poesías que le dieron a conocer como literato. El fallecimiento, en 1845, del joven Miguel González Aurioles, también colaborador de *El Abencerraje*, dio pie a la lectura de diversas poesías ante su tumba, entre las cuales la más celebrada y la que más conmovió a los asistentes al triste acto fue la que leyó Orellana. Allí recibió su bautismo literario, que sería confirmado por el insigne José Zorrilla al invitarle a comer en su casa al día siguiente y brindarle su amistad.

En 1846, hallándose ya en el último curso de la carrera y cuando empezaba a ganarse el aprecio de muchas personas de la sociedad granadina, el ejército le impuso de repente un cambio de destino que le desplazó a Barcelona. Y así, a sus veintiséis años, el joven Orellana llegó a esta ciudad sin más fortuna que su imaginación soñadora, un fajo de poesías y una carta de recomendación para Víctor Balaguer. La buena acogida que éste le brindó hizo que congeniaran rápidamente, trabándose pronto una firme amistad entre ellos. Al poco de su llegada a la ciudad condal, recibió una orden de la Dirección General de Instrucción Pública que le permitía continuar el curso interrumpido, en respuesta a la solicitud de alguno de los catedráticos de la universidad granadina. Así, pues, terminó la carrera en Barcelona poco antes de ser licenciado del servicio militar.

Balaguer lo introdujo en el círculo de sus amistades intelectuales y lo puso en contacto con la casa editorial “Viuda de Mayol”, la cual le confió diversas traducciones de novelas y dramas, y donde pudo realizar en breve su sueño dorado de ver publicados sus versos bajo el título de *Lágrimas del corazón*, encabezados con un elogioso prólogo de V. Balaguer. Éste fue el único libro de poesía publicado por Orellana. Se trata de una colección de poemas de expresión romántica, un romanticismo exaltado, conforme al

gusto dominante en aquella época, escritos mayoritariamente en Granada y algunos de ellos en plena adolescencia, pero completado con otros de reciente creación en Barcelona. Junto a esta recopilación se hallaba en el mismo volumen *La flor de reseda*, un largo poema escrito en forma de leyenda medieval que relata la desafortunada historia de amor de dos jóvenes –Ricardo e Inés– que, como Romeo y Julieta, ven frustrada su ilusión por circunstancias ajenas a ellos que desembocan en un trágico final. En este poema, de los últimos escritos en Granada, se detecta una mayor contención en el lenguaje expresivo, donde el carácter neutro propio de la narración viene alternado con momentos de gran lirismo o bien con otros de profundo dramatismo, que adquiere proporciones grandiosas en el desenlace final.

Aquellos bellos versos, ajustados al gusto de la época, fueron leídos y celebrados, pero no aportaban ninguna solución pecuniaria al joven poeta. A instancias del mismo Balaguer, el 1 de setiembre de 1848 ingresó como socio en el “Instituto Industrial de Cataluña”, corporación económica que había sucedido en aquel momento a la antigua “Junta de Fábricas”, y este Instituto le confió la redacción del periódico *El bien público*, órgano de aquella sociedad. Allí empezó Orellana a entablar relaciones con los industriales del país, a estudiar sus necesidades y sus aspiraciones, las condiciones de trabajo de cada tipo de manufactura, su tecnología, sus materias primas, sus recursos energéticos, llegando a conocerlos en todos sus pormenores.

Mientras tanto, sus amigos de Granada no le habían olvidado y Nicolás de Paso Delgado, catedrático entonces de Economía política de la universidad granadina, le remitió el título de socio de número de la “Real Sociedad Económica de Amigos del País” y el de miembro de la “Sociedad literaria de Granada”.

Orellana se distinguía por su talante progresista, aunque era cristiano ferviente, pero en sus escritos se manifestaba siempre muy beligerante contra el fanatismo y el integrismo clerical. Tuvo contacto con el primer grupo socialista de cierta importancia en Cataluña, liderado por Narcís Monturiol y congregado en torno a la revista *La Fraternidad*, órgano de comunicación del comunismo cabetano, y junto con Monturiol tradujo al castellano el *Viaje por Icaria* (1848) de Etienne Cabet.

Su vocación literaria era muy fuerte y en 1950 aceptó una invitación de Ángel Fernández de los Ríos, entonces inmerso en actividades editoriales, para trasladarse a Madrid. Fernández de los Ríos dirigía en aquel momento la *Biblioteca Universal*, y era el director de los semanarios *La Ilustración* y *Semanario Pintoresco Español*, en los cuales colaboró Orellana. Trabajó también en la redacción de la *Enciclopedia* de F. P. Mellado, donde insertó diversos artículos sobre hacienda, ciencia, industria y literatura, al tiempo que mantenía polémica diaria en tres periódicos distintos sobre materias económicas. El ambiente de Madrid, sin embargo, no era el más apropiado para la índole de sus inquietudes ni para su carácter, así que en breve regresó desilusionado a Barcelona, donde se reincorporó a su plaza en el “Instituto Industrial de Cataluña” y empezó a publicar artículos financieros y económicos en el *Diario de Barcelona*.

Fue entonces cuando se dedicó intensamente a la publicación de novelas por entregas. Estas obras se sitúan de lleno en el romanticismo español, un poco tardío respecto al europeo, y tienen en consecuencia las características propias de la época, dirigidas a un público habituado a leer traducciones de novelas históricas de Walter

Scott, Víctor Hugo, Eugène Sue y Alexandre Dumas, entre otros, y es en este contexto donde debe ser situado. El cuerpo principal de sus novelas se centra en el género histórico y lo primero que salta a la vista es que él dedica su atención únicamente a temas relacionados con la Historia de España y lo hace con todo el rigor que era posible en su época.

Los períodos históricos que abrazan sus novelas son cuatro. El más antiguo, de aroma trovadoresco, lo hallamos en *Gontran el bastardo* (1853), situado en el reinado de Alfonso VIII. Al margen de las intrigas de palacio, las historias amorosas y las pugnas entre familias poderosas, describe la derrota de la batalla de Alarcos contra los sarracenos y concluye la novela con la victoria de Las Navas de Tolosa. Y en *Caín y Abel* (1858) refleja el entorno de la conquista de Barcelona por Almanzor, seguido de su reconquista por el Conde de Barcelona Borrell II.

El segundo período, relativo a la unión de las coronas de Castilla y Aragón que dio origen al nacimiento de la España moderna y al inicio de la formación del imperio, es el más extenso porque a él dedica cuatro obras, a saber: *Isabel primera* (1853), compuesta de dos volúmenes, en el primero de los cuales relata todas las peripecias del reinado de Enrique IV, en plena era feudal, y las dificultades para la realización del matrimonio con Fernando de Aragón, seguido de las pugnas con la Beltraneja, hasta la muerte de aquel soberano y la coronación de Isabel, mientras que el segundo abarca desde la coronación hasta la culminación de la conquista de Granada; *Cristóbal Colón* (1858) narra las dilatadas y descorazonadoras gestiones del ilustre navegante hasta llegar a ver realizado su sueño, con la descripción del viaje al Caribe y el glorioso retorno a Barcelona; *Flor de oro* (1858) continúa la historia de Colón, con la conquista de Haití y los sucesivos viajes del almirante a América; y cierra el ciclo *La reina loca de amor* (1854), donde, a partir del fallecimiento de Isabel, describe los sucesos, generados fundamentalmente por el ánimo de Fernando de ejercer una tutela sobre los jóvenes reyes de Castilla, hasta la súbita muerte de Felipe I, que culminó con el nombramiento del Cardenal Cisneros como regente. Durante este período se había dado el paso del mundo medieval al mundo moderno y España se había convertido en un imperio.

Dentro del tercer período, al que corresponde la biografía de *Quevedo* (1857), hallamos un retablo de la vida de la corte y sus intrigas a caballo de los reinados de Felipe III y Felipe IV, reyes de escasa personalidad, el primero de una religiosidad enfermiza, que pasaba el día orando en su reclinatorio, y el segundo amante de las artes y, sobretudo, de las mujeres. Su debilidad les sometía a manos de privados, individuos ambiciosos y poco escrupulosos, como el duque de Lerma y el conde-duque de Olivares, y favoritos como el siniestro Rodrigo Calderón, a los cuales responsabiliza el autor del empobrecimiento y la decadencia de España. Seguramente ésta es la mejor de las novelas de Orellana, en ella pone de manifiesto la admiración que sentía por el poeta y le otorga en los diálogos un lenguaje incisivo, irónico y a menudo sarcástico. Incluso el Quevedo mujeriego, pendenciero y espadachín es enaltecido por su amor secreto hacia la mujer de su mejor amigo: el duque de Osuna.

Finalmente, el cuarto período queda muy próximo a la época de Orellana, ya que *El conde de España* (1856) arranca justo en el momento de su nacimiento, cuando el

trienio liberal fue derrotado y Fernando VII restableció la monarquía absoluta. Los liberales eran perseguidos, acusados de masones, y los realistas se dividían en dos partidos, los moderados, o ilustrados, y los integristas que pretendían instalar una monarquía teocrática con el lema “Altar-Trono-Inquisición” y creaban sociedades secretas para intervenir en la política al margen de la ley. La novela narra toda la trama de traiciones y confabulaciones que desembocaron en las guerras carlistas y dedica una buena parte a describir la arbitraria y siniestra actividad del Conde de España como Capitán General de Cataluña, inventando conspiraciones, deteniendo, torturando y fusilando, con consejos de guerra sumarísimos y sin más pruebas que la simple delación, a centenares de hombres dignos e inocentes. La descripción de esta actuación es terrorífica y resultaría increíble si no se hubiera podido contemplar una situación muy parecida en Barcelona durante la década de 1940.

Las tres novelas de ficción *Mundo, dinero y mujer* (1853), *Luz del alba* (1856) y *Los pecados capitales* (1865) tienen en común la omnipresencia del amor, sentimiento muy exaltado en el romanticismo, del cual Orellana poseía un concepto muy elevado. En su librito *Talismán del amor* (1850) dice que podría definirse el amor como «un fluido imponderable conocido solo por sus efectos, que tiende a la generación y conservación de la naturaleza entera» y lo compara con las fuerzas de atracción y repulsión que mantienen el equilibrio del universo. Hallamos también presentes otras pasiones como la codicia, la lujuria y la avaricia en calidad de motores de la acción, principalmente en *Los pecados capitales*, donde aparecen todos. Tienen todas en común el hallarse ambientadas en época contemporánea y que la acción, situada en diferentes lugares en cada una de ellas, mantiene siempre Madrid como centro donde conviven la opulencia con la miseria, la corrupción con la honestidad.

A su regreso de Madrid, el “Instituto Industrial” distinguió a Orellana como socio de mérito, ocupándose desde entonces de la redacción de informes, dictámenes y contactos con el gobierno. El Ayuntamiento de Barcelona, por su parte, le encargó algunas de las composiciones poéticas con que se festejó –1860– el regreso de África del General Prim y la visita de Isabel II. En el curso 1861-62, pronunció en el Ateneo barcelonés una serie de conferencias muy celebradas sobre el tema *La industria en sus relaciones con la civilización* y tomó parte en la redacción de la “Revista de Cataluña”.

En 1862, viajó a Londres con motivo de la Exposición Universal y visitó las principales ciudades de Francia, Bélgica y Alemania, donde tomó conciencia del alcance de los progresos industriales observados, lo que hizo brotar en su ánimo el afán de impulsar la regeneración y el progreso de su patria. A su regreso, pues, concibió el proyecto de publicar en Madrid un periódico de índole enteramente nueva, destinado a propagar los adelantos industriales y científicos realizados en Europa. A fuerza de persuasión logró reunir el capital para su empresa y comenzó su publicación con el mismo título que había tenido el órgano del “Instituto Industrial de Cataluña”, es decir, *El bien público*. Sin embargo, la semilla cayó en tierra estéril y al cabo de poco tiempo el periódico sucumbió por falta de suscriptores. Orellana alcanzó entonces un acuerdo con Pascual Madoz, geógrafo de prestigio y dirigente del Partido Liberal, quien se hizo cargo de la empresa y la reconvirtió, fundando el diario progresista *La Nación*, de cuya dirección fue encargado el propio Orellana. Éste comulgaba con las ideas políticas de

aquel partido, pero no dio nunca el paso de dedicarse a la vida pública. Dirigiendo este periódico, en 1864, sostuvo Orellana una dura campaña contra el retraimiento, y otra, no menos valiente, contra la reacción que llevaba al abismo. No obstante, disgustado por el rumbo que seguía el partido progresista, a finales de año renunció al cargo y regresó a Barcelona.

“El Instituto industrial” le comisionó entonces para visitar la Exposición Internacional de París en 1867, tras lo cual publicó un gran volumen con la minuciosa descripción de todo lo que había visto, un auténtico estado de la cuestión de la industria europea en la segunda mitad del siglo XIX.

Orellana era un hombre de conocimiento enciclopédico y, después de la docena de novelas publicadas en la década de los cincuenta, fue autor de importantes trabajos de erudición como: *Teatro selecto* (1867), cinco volúmenes de más de mil páginas cada uno, donde complementa los textos de numerosas obras de teatro con semblanzas de sus autores y comentarios críticos, y la voluminosa *Historia del general Prim* (1871), minuciosa descripción de toda la trayectoria de este militar, incluidos los textos completos de sus discursos en Las Cortes. Entre los años 1871 y 1874, *La Ilustración* publicó la colección *Grandes poemas. Joyas de la literatura universal* bajo la dirección literaria de Francisco José Orellana: *La Divina comedia*, de Dante Alighieri; *Orlando furioso*, de Ludovico Ariosto; *La Jerusalem libertada*, de Torcuato Tasso; *La Mesiada*, de Federico G. Klopstock; *El paraíso perdido*, de Milton, y *Los Lusíadas*, de Camoens, todas ellas presentadas en grandes y lujosos volúmenes profusamente ilustrados.

Se dice que Orellana siempre sostenía entre sus dedos un lápiz con el que enmendaba las incorrecciones de los textos que leía; su obsesión por la corrección del lenguaje le indujo a publicar *Cizaña del Lenguaje-Vocabulario de disparates*, con las palabras incorrectas más a menudo detectadas. Después de tres ediciones con el seudónimo de Ana Ollé, su hijo Emilio publicó una cuarta edición, con el nombre de Fr. J. Orellana, en la que añadió las que éste había recopilado en los últimos años.

A partir de 1876, su actividad fue por entero consagrada a la defensa de los intereses materiales del país. En 1877, con motivo de la visita a Barcelona del joven rey Alfonso XII, se improvisó una exposición instalada en los patios de la Universidad, siendo Orellana nombrado secretario de la junta organizadora y ocupándose por ello de todo el proyecto y de su ejecución. En la comida que se ofreció al monarca y a la que asistió Manuel Silvela, este último honró a Orellana con la Cruz de la Orden de Carlos III. A mediados de 1879, fue creado el “Instituto de Fomento del Trabajo Nacional” por fusión del “Instituto Industrial de Cataluña” y el “Fomento de la Producción Nacional”, del cual fue también primer secretario desde la fundación hasta su muerte. Fundó y dirigió la revista de esta entidad *El eco de la producción*, que trataba de temas económicos y conocimientos de utilidad para los industriales. Desde allí dedicó por completo su pluma a la defensa de los intereses de la industria catalana. En representación de este centro, asistió a la Asamblea de las Ligas de Contribuyentes, celebrada en Madrid aquel año, y tomó parte en sus deliberaciones. Trabajó en la organización de una *Exposición de Artes Decorativas*, celebrada en el Instituto.

Uno de los asuntos que ocuparon la atención de Orellana, fue el comercio de España con sus posesiones de Ultramar. Desde 1860, a consecuencia de un viaje que

hizo a La Habana, trabajó sin descanso para conseguir que este comercio fuera completamente libre de trabas, hasta que, en 1882, se consiguió la aprobación de las leyes llamadas de “relaciones comerciales”, cuyos efectos fueron la franquicia a la recíproca de los productos antillanos y filipinos con España.

A Orellana es debida, entre otros triunfos, la promulgación de la ley de primeras materias de 1883, que fue el mayor empeño de su vida y que el gobierno basó completamente en los informes y estudios por él emitidos. Los industriales catalanes lo contemplaban como un oráculo y le llamaban el Maestro. Su fuerte era la cuestión arancelaria, la cual conocía a fondo en sus menores detalles, centrandó su afán en rodear la industria algodonera y la del cáñamo con una fuerte muralla sin ceder en su vigilancia permanente con el fin de que su entramado industrial pudiera trabajar sin contratiempos. Fruto de aquella ingente labor fue la impulsión del formidable florecimiento industrial de Cataluña. Finalmente promovió y fue el principal organizador de la Exposición Universal de 1880 en Barcelona, situando la ciudad condal a la altura de las grandes metrópolis europeas.

En sus memorias económicas, en sus exposiciones, en sus menores informes traslúcese siempre el literato nato: con su estilo correcto y refinado sabía ennoblecer las cuestiones más vulgares y prosaicas. Y es que Orellana fue siempre, ante todo, un distinguido escritor.

OBRAS DE ~: **Poesía:** *Lágrimas del corazón*, Barcelona, Impr. de Juan Capdevila, 1848. **Novela de ficción:** *Mundo, dinero y mujer*, Madrid, Impr. de José Repullés, 1853; *Luz del alba*, Barcelona, Plus ultra, 1856; *Los pecados capitales*, Barcelona, Impr. de Salvador Manero, 1865. **Novela histórica:** *Gontran el bastardo*, Madrid, Impr. de José Repullés, 1853; *Isabel primera*, Madrid, Hispana de V. Castaños, 1853; *La reina loca de amor*, Madrid, Hispana de V. Castaños, 1854; *El conde de España*, Barcelona, Hispana de V. Castaños, 1856; *Quevedo*, Barcelona, Hispana de V. Castaños, 1857; *Cristóbal Colón*, Barcelona, Impr. de Salvador Manero, 1858; *Cayn y Abel*, Barcelona, Impr. de Salvador Manero, 1858; *Flor de oro*, Barcelona, Impr. de Salvador Manero, 1863. **Trabajos de erudición:** *Teatro selecto*, Barcelona, Impr. de Salvador Manero, 1866-1868; *Historia del general Prim*, Barcelona, La Ilustración, 1871; *Cizaña del lenguaje. Vocabulario de disparates*, Barcelona, Bastinos, 1891. **Otras:** *Talismán del amor*, Barcelona, Viuda de Mayol, 1850; *El clavel de la virgen*, Barcelona, Impr. B. Bassas, 1850. **Economía:** *Demostraciones de la balanza mercantil y causa principal del malestar económico de España*, Barcelona, Narciso Ramírez, 1867); *La Exposición Universal de París en 1867*, Barcelona, La Ilustración, 1871; *El eco de la producción*. Revista quincenal (nº 1, 1d'abril de 1880). **Traducciones:** *El hijo del diablo*, de Paul Féval (trad. con Victor Balaguer), Barcelona 1847; *Viaje por Icaria*, d'Etienne Cabet (trad. con Narcís Monturiol), Barcelona, Librería Oriental, 1848; *Las ciencias ocultas*, de Eusèbe Salverte, Barcelona, Impr. de Salvador Manero, 1865.

BIBL. ~: FEDERICO RAHOLA y PEDRO ESTASÉN: *Discursos leídos en la sesión necrológica del Fomento del Trabajo Nacional*, Barcelona, Imprenta Barcelonesa, 1892.

**Josep María MESTRES QUADRENY**